

COLOQUIO INTERNACIONAL DE CONVERGENCIA

25 y 26 de Junio 2021

“Bordes: Psicoanálisis y desplazamiento”

Agradecemos a la comisión organizadora de este Coloquio, a los integrantes de: Apres-Coup Asociación Psicoanalítica, en colaboración con la Asociación Psicoanalítica de Porto Alegre, la Escuela Freudiana de Bs As, y la Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud de Rosario, por el esfuerzo y entusiasmo puesto en la realización de este encuentro, que permite, aún en las actuales circunstancias, que el Movimiento continúe.

Al comenzar a escribir las palabras que ahora comparto con Uds., por un error cambie el orden de las palabras del título del Congreso, en lugar de “Bordes: psicoanálisis y desplazamiento”, se me impuso el siguiente lapsus: “Psicoanálisis, bordes y desplazamiento”.

Siguiendo el ejemplo freudiano, no quise desoír este nuevo enunciado, y fue eso lo que orientó estas palabras.

En tanto lazo social, el psicoanálisis permite establecer una diferencia entre el diálogo y el discurso, dando lugar en este último caso, a aquello que no anda, que no cierra. No es dialógico el encuentro entre analista y analizante, a pesar de que aparenta serlo, por la presencia allí de un sujeto.

Esta particularidad hace que, a diferencia de otros discursos predominantes en la época, la práctica analítica habilita por su misma estructura, un lugar para la diferencia. Lugar inaugural para el surgimiento de un sujeto. Esta habilitación y este lugar en el que podrá surgir un sujeto, entiendo que constituyen la apuesta y el aporte que nuestra práctica plantea frente a los desafíos de la actualidad.

Hay una frase que trasciende como máxima cuando se plantean los desafíos del psicoanálisis en cada época. Todos recordamos lo que Lacan propone en los “Escritos”:

“Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”.

Pero párrafos más adelante, agrega:

“Que conozca bien la espira a la que su época lo arrastra en la obra continuada de Babel y que sepa su función de intérprete en la discordia de los lenguajes”

Esta segunda frase, a mi entender, le da un sentido diferente a la primera, ya que permite pensarla sin que suene como un imperativo.

También es interesante, para lo que estamos planteando, tomar el significado de **espira** en matemática: **es una curva que se inicia en un punto central y se va alejando progresivamente del centro a la vez que gira alrededor de él.**

Cuando Lacan plantea que la época arrastra al analista en la discordia de lenguajes, se entiende que su función -la del analista- no es solo considerar como un horizonte a la subjetividad de su época, sino además ser intérprete en la discordia de los lenguajes.

Entiendo que es una forma decir en la que Lacan expresa que tenemos que estar prevenidos del riesgo de afectar al Psicoanálisis en su estructura, al generar **desplazamientos** sobre términos que pertenecen a otros discursos.

Actualmente la llamada diversidad sexual o las disidencias de género plantean cuestiones relativas a su problemática acerca de “la identidad sexual”.

Estos colectivos sociales no solamente conforman un modo de vinculación en la comunidad, sino que también plantean una forma de lazo, un discurso, porque de “eso” se habla, y ese hablar produce incidencias en lo político, en lo social y en lo jurídico. Y es desde esa posición discursiva que se plantean demandas dirigidas al psicoanálisis.

La actualidad de la temática en los encuentros, jornadas, reuniones, de psicoanalistas muestra claramente que la cuestión nos preocupa y nos ocupa.

La interlocución se plantea con otros discursos que, abordando aspectos comunes a las de nuestro campo, suelen suscitar críticas hacia los postulados psicoanalíticos, en particular en lo que se refiere a la relación entre los sexos.

Si bien es cierto que discursos como el de las teorías de género son efectos, entre otros factores, del impacto cultural que en el siglo pasado implicó el descubrimiento freudiano del inconsciente una interlocución entre estos discursos y el del psicoanálisis parece dificultosa en la actualidad.

En una entrevista en el 2006 Joan Copjec dice que hablar de sexualidad sin psicoanálisis es como querer tomar una fotografía sin cámara. Ocurrente frase, pero poco más de una década después constatamos que han surgido muchas fotos en lo relativo a las sexualidades, que parecen haber sido sacadas sin esa cámara.

La ausencia de una argumentación que sustente la profusión de etiquetas dentro del discurso de género y la exigencia superyoica de cubrir todo el campo fenoménico de la sexualidad humana hace que el discurso de género se torne más moralizante que ético.

Se produce entonces una confusión al no distinguir entre lo que se clasifica, y la lógica desde la que esa operación se juega, ya que en los listados que categorizan todas las posibilidades, la enumeración incluye tanto identidades de género, prácticas sexuales, orientaciones sexuales, u otros.

Estos discursos, si bien en la actualidad son poderosos en sus efectos, ¿qué lugar dejan para el sujeto, tal como el psicoanálisis lo entiende? Es decir el sujeto dividido entre un saber no sabido y con una verdad a medio decir por la estructura misma que lo engendra.

Como ejemplo de estas cuestiones relativas a las diferencias del psicoanálisis como práctica de discurso y los discursos de género, tomare un breve recorte clínico de un joven que inicio el camino de producir un cambio de sexo. Algunos interrogantes que el joven plantea en relación al género son anteriores al inicio del análisis. El joven propone de entrada en sus relatos un lenguaje críptico, tomado de los discursos imperantes LGTB sobre la temática de género. De manera similar, tomado por el discurso de la ciencia, comienza un relato pormenorizado de los efectos que producen en él los psicofármacos.

En este entrecruzamiento de saberes, se define como un “chico transexual no binario”, con un proceso de hormonación iniciado.

Comenta que anteriormente, cuando era una chica, tenía una pareja homosexual, haciendo alusión a que en ese tiempo estuvo alejada de la masculinidad por algo negativo. Lo negativo lo sitúa en un juego sexual en la niñez con dos primos.

Lo traumático de este juego se ubica del lado de una demanda que le plantean en aquél entonces, porque ese juego se inicia con la pregunta de su primo:

“¿Yo tengo esto, vos que tenes?”

En las entrevistas dice que sintió ganas de tenerlo, lo que quizá permita entender la forma de respuesta que encontró ante el planteo de la diferencia sexual. Una forma de respuesta tomada por palabras de un discurso que no era el propio.

Así es como llama “masculinidades” a los hombres, creyendo que de ese modo logra sortear la diferencia sexual, ya que cree saber que la palabra hombre es la que lo remite a la diferencia. Con la palabra “mujer” sucede algo similar.

Las palabras hombre-mujer son las palabras que elude porque son los significantes de la diferencia sexual. Al ser tomadas como palabras, y no como significantes, eso le permite tener la certeza de poder ser una mujer como ella quisiera y en eso basa lo que llama su declaración de sexo. Es así que se define como “chico gay”, habitando una femineidad disidente. Decisión que lo hace pertenecer a un sexo no acorde con su cuerpo anatómico.

Del efecto traumático del juego sexual con los primos y de ese encuentro con la falta, hubo un querer fundar un cambio de sexo tomando el discurso de género para fundamentarlo y al discurso de la medicina para reafirmarlo.

A estas alturas, parece evidente la desorientación que se le produce, al tomar los postulados de un discurso como verdad, cuando la verdad está del lado de la diferencia sexual, que es real.

Creuyendo encontrar una argumentación que borra la diferencia sexual, toma algo de los discursos imperantes, no advirtiendo aún que ese borramiento mismo es producto de los discursos de los que se sirve. No es propio, al no dar lugar al discurso del inconsciente como saber no sabido.

Todo ser hablante, y por el hecho de serlo, en un momento se enfrentará a la decisión por uno u otro sexo.

Los avatares subjetivos que se le presentan a este joven, en su intento de fundar un cambio de sexo, se apoyan en postulados discursivos, como los de género, como si estos pudieran proveer un punto de apoyo para resolver las cuestiones relativas a su sexualidad.

Si bien la “declaración de sexo” que pretende este joven, no impide suponer un sujeto hablante, por ahora nos encontramos con alguien que, paradójicamente, se declara sobre su género a costa de mantener fuera del lenguaje - y de la interdicción de un goce - los significantes de la diferencia, desplazando la diferencia sexual hacia una diferencia de género.

“La discordia de los lenguajes” nos pone a prueba en la disposición a la escucha y al psicoanálisis como discurso que se interroga a sí mismo.